

Historia de la antropología en la Argentina

La antropología en la comunidad científica: entre el origen del hombre y la caza de cráneos-trofeo(1870-1910)

Los comienzos de la actividad y producción antropológica en la Argentina

Ameghino no pertenecía al patriciado. Era hijo de inmigrantes recientes y autodidacta, dos condiciones que lo hacían científicamente sospechoso. Sin embargo, nada tuvo de diletante. Por el contrario, evidencia un profesionalismo y especialización definidos.

...La madurez científica de las comunidades profesionales argentinas no ha evolucionado mucho desde los tiempos de Ameghino: silencio y expulsión aparecen como estrategias reiterativas



a
e
i Editora
o Artesanal
u

En memoria de F. Aneghino

Cuadernos del Bicentenario

Colección "Maestro Luis F. Iglesias"

Cuaderno Nº 5

Dirigida por Carlos A. D'Orio
Bibliotecario de la Biblioteca Popular "José Murillo"

La reproducción de este trabajo se ha realizado con
la autorización de su autora, la profesora Adriana
Alejandrina Stagnaro

Cuadernos del Bicentenario

Colección "Maestro Luis F. Iglesias"

Cuaderno Nº 2

ALTERIDADES, 1993
3 (6): Págs. 53-65
Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa. México.

La antropología en la comunidad científica: entre el origen del hombre y la caza de cráneos-trofeo (1870-1910)

ADRIANA ALEJANDRINA STAGNARO
(Universidad de Buenos Aires)

Los comienzos de la actividad y producción antropológica en la Argentina.

En las últimas décadas del siglo pasado, cuando se inicia la actividad y reflexión antropológica en la Argentina, el pensamiento científico se caracteriza por la importancia otorgada a la ciencia natural. Sus pensadores representan el origen de la tradición positivista y científicista, encarnada en la llamada “generación del 80,¹” impulsora de la tarea modernizante en la que nuestro país se hallaba comprometido. *Portadores de una cultura académica y universitaria persiguen como fin fundamental la reflexión sociológica sobre las bases filosóficas de la biología y la evolución naturalistas* (Schuster, 1982).

Esta primera etapa del desarrollo del pensamiento antropológico puede encuadrarse en el periodo 1870-1910, siendo sus principales figuras, entre otros, Estanislao Zeballos, Francisco P. Moreno, Florentino Ameghino, Samuel Lafone Quevedo y Juan B. Ambrosetti². Se

caracterizan por una formación básicamente naturalista, sus temas de interés abarcaban problemas paleontológicos, geológicos, zoológicos, arqueológicos, etnográficos, folklóricos y lingüísticos, abordados en general con una metodología inductiva, la que a veces fue superada por planteos deductivos y esfuerzos comparativos y clasificatorios sistemáticos (Ameghino, Lafone Quevedo).

El perfil del científico de la época era el del erudito, estudioso de varias ramas del conocimiento, a las que accedía a través de la investigación personal, de la formación autodidáctica incentivada por la vocación de saber y de contribuir al progreso de la ciencia. La falta de especialización y profesionalización caracterizó al quehacer científico del periodo en estudio. La actividad política, en algunos casos, se desarrolló paralelamente a la académica.

Varios son los autores que se interesaron por la historia de la antropología, e intentaron sistematizarla y periodizarla. Entre ellos Guillermo Madrazo (1985) denomina *los inicios positivistas* a la etapa que analizaremos, extendiéndola hasta 1930, y determina como rasgo preponderante la imprecisión de los contenidos de la *antropología*. La palabra refería en general a la antropología *física*. Se trabajó tanto bajo la denominación de paleontología humana, como utilizando las de etnografía, folklore, lingüística y arqueología, con el enfoque descriptivo propio de las ciencias naturales.

Desde un comienzo los supuestos ideológicos de la ciencia reemplazaban a la teoría científica, poco desarrollada en la época. Con base en la concepción unilineal progresiva, mezclada con postulados del positivismo spenceriano y la utopía del progreso, se desdeñaron temas tales como la aculturación, la inmigración y sus consecuencias, o las características del campesinado, centrandó todo análisis en la oposición *civilización-barbarie*³ plasmada por Sarmiento.

La etnografía sobre todo ponía al investigador

frente a la “prehistoria viviente”, frente al “salvajismo”, cuyas manifestaciones era necesario registrar antes de su desaparición que, se suponía, habría de ser total, incluyéndose en este juicio tanto a la cultura como al tipo humano portador de la misma (Madrazo, 1985: 20).

El plan de eliminación de los pueblos indígenas y la ocupación de sus territorios (*Campaña del Desierto*) con miras a la modernización, expansión económica y construcción de la nacionalidad, era asumido como el paso inevitable y necesario para ingresar en una etapa evolutiva superior.

Distinto es el panorama respecto a los estudios paleontológicos, prehistóricos y arqueológicos. En estas áreas surgen intentos de sistematización más temprana, debido quizás a que eran disciplinas que no se relacionaban con problemáticas actuales. Discutir sobre indios muertos y sus perdidas huellas podía ser apasionante y para nada comprometido.

Ciro René Lafón (1976), en su periodización de la historia de la antropología argentina, distingue un primer periodo que se extiende hasta 1880, tomando como hito la aparición de la obra de Ameghino *La antigüedad del hombre en el Plata*, como culminación de una época cuyo inicio no establece, pero que sitúa alrededor de 1870, y a la que denomina *los comienzos*. La caracteriza por la presencia de una corriente científica que se halla en igual nivel respecto del de la ciencia europea. La figura central es Florentino Ameghino, quien ya desde 1875 tenía listos los manuscritos de la obra citada, y en 1878 había editado *La formación pampeana*, acerca de la geología de nuestras llanuras, y concluía el manuscrito de *Los mamíferos fósiles de la América Meridional*, en colaboración con Gervais en París, gran obra de sistematización paleontológica.

El segundo periodo, según este autor, abarca de 1880 hasta 1910, año de la celebración en Buenos Aires del Congreso Internacional de Americanistas, denominándolo *la consolidación*. Destaca la importancia que la celebración

del Congreso tuvo para los estudios antropológicos, visible en el número de especialistas que concurrieron, su relevancia profesional y la cantidad de trabajos presentados. Otro hecho significativo fue la fundación del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, a instancias de Juan Bautista Ambrosetti, en 1904. En esa entidad, la actividad antropológica tuvo un canal de expresión institucional que centralizó y orientó estudios, proyectó excavaciones y publicó resultados.

Lafón resalta positivamente en este periodo la estabilización de la docencia universitaria, la implantación de un estilo de enseñanza regular y metódica, el aumento del número de estudiosos, la mayor regularidad y frecuencia de las publicaciones como así también la mejor información y aparato crítico de los investigadores. Desde el punto de vista institucional, se destaca la coexistencia de tres museos trabajando (Museo de Buenos Aires, 1862; Museo de La Plata, 1884; Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1904).

Como aspectos negativos de este periodo de *consolidación*, en el campo arqueológico, advierte Lafón que se sigue privilegiando la mera recolección de datos y la descripción de las piezas más bellas descuidando los contextos culturales de origen. En los estudios sobre el Noroeste, sus culturas son consideradas de escasa profundidad temporal, interpretándose sus restos como producto de los indígenas que allí vivían en el siglo XVI o poco antes. En general la producción es dispar y la calidad de los trabajos heterogénea. El desarrollo de las especialidades no es paralelo y es la arqueología la que toma mayor cuerpo, debido al descubrimiento de las culturas del Noroeste.

Entre los autores y obras de mayor significación encontramos, en el campo de la arqueología, a Eric Boman con su *Les Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama* (París, 1908). También a Juan B. Ambrosetti, cuya producción abarca toda la gama de la antropología de su tiempo, no obstante ser su mayor aporte el dedicado a la arqueología. Dentro de él se

destacan su obra *La Civilización Calchaquí* (París, 1900), sus excavaciones en la ciudad prehistórica de La Paya y sus descubrimientos y trabajos en el Pucará de Tilcara.

También en esta época se incorpora a la actividad antropológica de nuestro país Roberto Lehman Nitsche. Es contratado en 1897 como profesor de antropología por la Universidad de La Plata, para organizar la enseñanza y dirigir la sección de la materia en el museo de esa ciudad. Como señala Patricia Arenas (1991), poseía una personalidad davinciana. Su obra es importante, no sólo por su volumen (más de 400 títulos), sino porque abarcando una gran amplitud temática (arqueología, folklore, lingüística, literatura popular) imprimió a sus trabajos una alta calidad científica y técnica, como también una gran sensibilidad hacia el *otro cultural*.

Participó de la discusión central acerca de la existencia del hombre fósil terciario, contribuyendo con su *L'homme fossile de la formation pampene (Communication Preliminaire)* de 1903 y completada en 1907, publicación esta última realizada en colaboración con científicos germanos y por la que en 1910 recibe en Francia el Premio Brocca.

Fernández, en su *Historia de la Arqueología Argentina* (1982), identifica tres etapas en el desarrollo de esa ciencia en sus momentos iniciales. La primera, que denomina *formativa, arcaica o documentativa*, se inicia con la llegada de Solís al Río de la Plata y concluye en 1872, año de la fundación de la Sociedad Científica Argentina. En su última década, reconoce este autor dos líneas de acción diferentes que luego, en la segunda etapa, *De la arqueología precursora o heroica* (1872-1900), van a constituir dos tradiciones divergentes y opuestas en sus fundamentos y prácticas.

Estas dos líneas de acción, que ya en la década 1860-1870 se perfilan con claridad son, por un lado, la de los *papelistas*, eruditos y bibliófilos, originada tiempo atrás con Pedro de Angelis, indagador de archivos, quién reunió y publicó gran cantidad de manuscritos coloniales referentes a temas indígenas. Le siguen los grandes

acopiadores de información, como Bartolomé Mitre, Andrés Lamas, Vicente Quesada, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, quienes investigan en los archivos locales y extranjeros (Buenos Aires, Río de Janeiro, Sevilla), al parecer sin un objetivo definido. Son estudiosos de gabinete, cuyo interés se centra en el conocimiento de las raíces americanas.

La otra línea, fundamentalmente *naturalista*, se inicia con Francisco Javier Muñiz (1795-1871) y su apasionada tarea de extraer restos de animales extinguidos del *loess* de la pampa y de las barrancas del río Luján.

Babini (1986) lo declara el primer naturalista argentino. No obstante su destacada labor como médico, es en el campo de la paleontología donde obtiene sus mayores logros. Durante sus veinte años de permanencia en Luján exhuma un fantástico mundo fósil: megaterios, elefantes, mastodontes, milodontes, gliptodontes, son reunidos y clasificados.

Es importante destacar la enorme influencia que los trabajos de Muñiz ejercieron sobre Florentino Ameghino. Entre ellos sus *Apuntes topográficos del territorio y las adyacencias del Departamento del Centro de la Provincia de Buenos Aires, con algunas referencias a los demás de su campaña*, de 1847, así como su correspondencia con Darwin, originada en preguntas de éste para obtener mayor información acerca de una curiosa especie doméstica, la *vaca ñata* que le había impresionado en sus viajes. Muñiz le respondió con precisión, siendo sus observaciones utilizadas por el sabio inglés en la segunda edición del *Viaje...* y, más adelante, en *El origen de las especies*, de 1859.

Es singular la convergencia de tres innovadores de la ciencia en ese punto del planeta llamado Luján. Darwin pasó por él en 1833, cuando Muñiz residía y hacía allí sus investigaciones, pero no se conocieron personalmente. Años más tarde el joven Ameghino inaugura sus búsquedas en las mismas barrancas del río donde años antes trabajara Muñiz. Diría luego Ameghino:

Mis descripciones, demostrando que los mamíferos fósiles quedaron sepultados en el barro de las antiguas lagunas, parecen copiadas de Muñiz. Es que ambos, aunque con cuarenta años de intervalo, hemos escrito sobre el terreno, con el cuerpo del delito a la vista, que da siempre una idea distinta de la que se hace el sabio en el bufete (Cit. en Babini, 1986: 113; subrayado nuestro).

Ya vemos perfilarse la importancia dada al trabajo de campo y a la ubicación estratigráfica de los hallazgos, para determinar su antigüedad y su secuencia evolutiva.

La segunda etapa de la arqueología, que Fernández llama *heroica* (1872-1900) y caracteriza por el coleccionismo y anticuarismo respecto del método, no obstante lo cual, entre quienes la ejercieron, si bien carecieron de *corpus* organizado de conocimiento en el que apoyarse, fueron grandes intuitivos y muchos de ellos, entre los que destacamos a Ameghino, se esforzaron por dejar sentadas las bases del método científico.

Desde un comienzo, las tendencias y los métodos se hallan claramente delineados. Los ameghinistas, en verdad escasos, casi reducidos al clan familiar y con Florentino Ameghino como ejemplo único, centran su atención en la medición del tiempo geológico, asignando a la estratigrafía un papel primordial. Ameghino lee en 1869 los *Principles of Geology* y *The Antiquity of Man* de Lyell, acceso bien temprano a sus teorías, teniendo en cuenta que la primera edición francesa de la segunda obra mencionada es de 1864, y que era generalmente ignorada por las autoridades científicas de la época.

Tales teorías otorgaban al estrato geológico valor documental y probatorio de primer orden, y a su sucesión, una capacidad de registro hasta entonces no tomada en cuenta en nuestro ámbito científico. Su aplicación permitía obtener cierto dominio sobre la evolución cultural implícita.

Es obvio que los ameghinianos aceptan los postulados del evolucionismo: no admiten saltos ni catástrofes, conciben una evolución gradual e

ininterrumpida de utensilios que van perfeccionándose a medida que los estratos son más recientes. Los restos materiales de la cultura evolucionarían en el mismo grado en que lo hacen los seres vivos, son más perfectos cuanto más recientes.

Centran su atención en el problema de la antigüedad del hombre, estudiando en especial al hombre fósil de la Pampa. Trabajan primordialmente en la región pampeana y su costa litoral sur.

La escuela encabezada por Francisco P. Moreno, gira, en cambio, en torno a la autoridad de German Burmeister. Este zoólogo y paleontólogo mundialmente reconocido, renunció en 1861 a su cátedra en Halle y aceptó el cargo de Director del Museo de Buenos Aires en 1862, que le fuera ofrecido por Sarmiento y Mitre. Allí se destacará como investigador y gran organizador de colecciones.

Dicha escuela sigue las ideas de Humboldt y Cuvier en la Argentina, aunque muchos de sus integrantes derivarían luego hacia la posición de Lyell. Ninguno aceptó el evolucionismo inicialmente, aunque algunos de ellos lo apoyaron a medias. Trabajan en un principio en la Pampa, extendiendo luego su actividad a la Patagonia, efectuando más tarde la apertura arqueológica del Noroeste.

Tratan de refutar a Ameghino en su postulado acerca de la existencia del hombre fósil pampeano, debido a que no aceptan la metodología estratigráfica como indicadora del acomodamiento verticalizado de las culturas y sus secuencias cronológicas.

Trabajan en esta línea, junto con Burmeister y Moreno, S. Roth, W.F. Reid, Ramón Lista y Pedro Pico (Zeballos fue alternativamente ameghinista y morenista). Habiendo inicialmente realizado excavaciones, sin técnica definida, en las terrazas fluviales del litoral bonaerense, abandonan luego ese campo, concediendo primacía a la excavación de túmulos, cementerios, tumbas aisladas y recolección de superficie.

La tercera etapa que presenta Fernández, *La arqueología en la Universidad* (1901-1925), se caracteriza

por una sistematización en las excavaciones, aunque desconociendo aún la importancia de la estratigrafía. El interés reside en la zona del noroeste, abandonándose por completo el estudio de la región pampeana que, luego del descrédito sufrido por Ameghino tras la crítica de Hrdlicka en el Congreso de Americanistas de 1910, deviene tierra de nadie arqueológica.

Prosigue el acopio de materiales para llenar las estanterías de los grandes museos. Como rasgo positivo, encuentra la inclusión de la Cátedra de Arqueología Americana en la carrera de Humanidades de Buenos Aires y el surgimiento de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, *Physis* en 1912, que va a llenar el vacío del Instituto Geográfico Argentino, desaparecido en 1911.

Llegan importantes arqueólogos extranjeros, de buena formación académica, como Lehman Nitsche, Nordenskjold, Von Rosen, Boman, Bruch y Weiser. Es en este periodo cuando se institucionaliza la práctica antropológica y se organiza el ámbito académico.

Florentino Ameghino y el problema del hombre fósil pampeano

Florentino Ameghino (1854-1911), nace en Luján el 18 de septiembre de 1854, en el seno de una familia de recientes inmigrantes genoveses. Desde pequeño se siente atraído por el material fósil que aflora en las barrancas del río Luján, organizando tempranas excursiones de recolección y formulando primeras hipótesis acerca de su origen y ubicación cronológica.

Cursa allí sus primeras letras y continúa sus estudios en la Escuela Normal de Preceptores de Buenos Aires. Más tarde es ayudante primero y luego director de la Escuela Elemental de Mercedes, su primer centro de actividad científica, desde ahí va a establecer su fama de naturalista por muchos años y donde terminará, en 1875, los manuscritos de su obra *Antigüedad del hombre en el Plata*.

Ese año presenta una memoria acerca del hombre fósil ante la sociedad Científica Argentina, planteando la contemporaneidad del hombre con la fauna extinguida de la formación pampeana, a la que todavía consideraba perteneciente al Cuaternario europeo, y luego ubicaría en el Terciario.

Los encargados de examinar el trabajo son Estanislao Zeballos y Francisco P. Moreno, los que resuelven no pronunciarse sobre él, dado lo delicado del problema. En el informe elevado a la Comisión Directiva de la Sociedad Científica Argentina expresan:

El problema que pretende haber resuelto el señor Ameghino es de bastante importancia para expedirse sobre él ligeramente...Por esta razón y por la naturaleza del terreno visitado por uno de nosotros, en que ha hecho sus investigaciones el autor, opinamos que no debe considerarse resuelto el problema hasta que no se haga un estudio fundamental y detenido sobre los objetos encontrados. En Europa se ha agitado también durante largo tiempo la cuestión del hombre fósil, y sólo después de maduras observaciones y profundos estudios se ha arribado a una conclusión definitiva como la que busca el señor Ameghino. En la confianza de que más tarde tendremos ocasión de volvernos a ocupar de esta materia, con los objetos a la vista, creemos que nada más debemos agregar al respecto y aconsejamos a la Comisión Directiva el aplazamiento de su juicio sobre este asunto (Ameghino, 1918: 221).

Queda así frustrado el primer intento de Ameghino de ingresar y ser reconocido por la incipiente comunidad científica local, renuente a aceptar sus audaces hipótesis y validarlas.

No en vano en el prólogo de *La Antigüedad del Hombre en el Plata* trata Ameghino de otorgar legitimidad a su planteamiento del hombre fósil, alegando haberse sometido a la crítica y examen de científicos locales y extranjeros. Con sus palabras:

Sabemos perfectamente que nos exponemos a que alguien nos pregunte quiénes somos y con qué derecho nos atrevemos a sondear una cuestión de tanta importancia. Ni nos extrañará tal pregunta. Altos y egoístas representantes de la ciencia en el Plata ya nos la han hecho y con armas nada nobles han combatido los resultados de nuestro trabajo.

Y más adelante:

Ni aún con esto conformes, quisimos consultar a los sabios de allende el Océano y completar el estudio de nuestras colecciones, comparándolas con las que se han hecho en el otro continente, y con tal fin nos trasladamos a Europa y pusimos en exhibición nuestros objetos en la reciente Exposición Universal de París, cuyo jurado especial encargado de examinarlos, nos acordó un premio, lo mismo que ya lo había hecho la Sociedad Científica Argentina. Nuestra colección de objetos del hombre fósil de la Pampa fue examinada allá por De Quatrefages, De Mortillet, Gervais, Cope, Carteilhaic, Vilanova, Capellini, Valdemar, Schmidt, Hamy, Ribeiro, Tubino y otros sabios especialistas en Europa, quienes sin excepción, aprobaron la mayor parte de nuestras demostraciones acerca de la antigüedad del hombre en el Plata (Ameghino, 1936: 430).

En 1878 viaja a Europa, donde se pone en contacto con las más destacadas autoridades científicas y centros

de producción antropológica. Recorre museos, asiste a cursos, explora yacimientos. Edita *La formación pampeana* y *La Antigüedad del Hombre en el Plata* en 1880. Junto con Gervais escribe en París, en el mismo año, *Los mamíferos fósiles de la América Meridional*. Esta consagración como científico en el exterior, no le sirvió a su regreso a la Argentina, debido a las exclusiones de que continuó siendo objeto por parte de la comunidad científica local, en especial, la escuela de German Burmeister. Éste desconocía científicamente a Ameghino por sus ideas “transformistas”, su metodología estratigráfica y su posición fuertemente anticlerical. Burmeister se opone inmoviblemente a toda referencia acerca de la existencia del hombre fósil pampeano. En su obra *Los caballos fósiles de la República Argentina*, define su posición al respecto:

Hasta ahora no conozco un caso bien definido en que objetos de esta clase⁴ se hayan encontrado mezclados con restos de animales gigantescos y del caballo fósil, los objetos y relaciones que he visto y oído, no me parecen bastante seguros, careciendo de observaciones hechas por personas competentes; pues las que hasta hoy se cuentan no son suficientes para fundar nuevas teorías (citado en Fernández, 1982: 79).

Burmeister representaba a la “ciencia oficial”. A su alrededor se nucleaban los más prestigiosos investigadores, provenía de una tradición académica; junto con Berg había obtenido, en 1886, el título de Doctor en Ciencias Naturales dado por la Universidad de Buenos Aires, ámbito académico por el cual Ameghino sólo transitará muy fugazmente en 1893. En ese año integrará, con Berg y Arribázcaga, una terna para cubrir la cátedra de zoología, la que finalmente ocupa Berg. Burmeister es fuerte en Buenos Aires como Director del Museo Público, cargo que desempeñaba desde 1862. Persiste en desconocerle competencia científica a Ameghino, joven autodidacta que, sin someterse a los controles de la

comunidad local oficial, ataca los fundamentos catastrofistas del consagrado maestro, quien seguía los lineamientos cuverianos, y pretende “fundar nuevas teorías” basadas en el evolucionismo.

Queremos resaltar aquí que la crítica de Ameghino a la escuela de Burmeister dista mucho de ser superficial e infundada. De la lectura de *La Antigüedad del Hombre en el Plata* surge la utilización de un lenguaje estrictamente científico, usando constantemente citas extensas de los autores cuyas hipótesis intenta refutar. Impacta su profundo conocimiento de las teorías de éstos, como así también de sus obras. En los capítulos donde se ocupa de la descripción física de la formación pampeana y postpampeana, cita *La antropología en la comunidad científica...* reiteradamente a Burmeister y su obra *Description physique de la Republique Argentine*, a Moreno y su *Viaje a la Patagonia Septentrional*, a Zeballos y su *Estudio geológico de la Provincia de Buenos Aires* y al *Voyage dans l’Amerique Méridional* de D’Orbigny. Muchas de estas obras no habían sido aún publicadas, pero sus avances eran hechos públicos por la Sociedad Científica Argentina.

En 1881 Ameghino intenta con Moreno fundar un gran museo en la ciudad de Buenos Aires, proyecto que favorecía la coyuntura política, debido a que la provincia debía llevar su capital y sus instituciones fuera de la ciudad, declarada Capital Federal, y el Museo Público era provincial. Feliz ocasión para anular la influencia de Burmeister, aunque el tan soñado museo nunca se instaló. Pasarán cerca de diez años hasta que Ameghino consiga ser director del viejo Museo de Ciencias Naturales, en 1904, tras la muerte de Carlos Berg, sucesor de Burmeister, y a instancias de Joaquín V. González. Permanecerá en el cargo hasta su muerte, en 1911.

En 1886 asume como Secretario-Subdirector del Museo de La Plata, por ofrecimiento de Moreno. Desinteligencias entre ambos determinan su temprana exoneración. Nuevamente fuera de las esferas oficiales

vuelve a su profesión de librero y a la producción de su gran obra *Filogenia* (1884).

Con motivo de la celebración en Buenos Aires del Congreso de Americanistas, en 1910, presenta un trabajo referente al material lítico recogido en la costa atlántica, entre Mar del Plata y Bahía Blanca. Lo denomina *Industria de la piedra hendida* y sus hipótesis son: a) que el *Homo Pampeus* utilizó estos rodados para la fabricación del instrumento característico de esta industria, la *hachette-coin*; b) que la técnica de fabricación se basaba en que los guijarros eran partidos o hendidos a lo largo, apoyando una de sus extremidades en huecos cavados en trozos de cuarcita que servían de yunque y el golpe era perpendicular, dado con otras piedras que operaban como martillo; c) que procedían del Interensendense, aunque algunos habían sido encontrados en un primitivo yacimiento y deberían ser muy antiguos (Pampeano Inferior- Plioceno Medio), adscribibles al Terciario (Politis, 1984).

Ameghino pronostica la existencia de otra industria más antigua que luego describe como *Industria de la piedra quebrada*, en base a material lítico obtenido en Monte Hermoso, en compañía de Hrdlicka y Whites. Hipotetiza al respecto: a) que el instrumental está confeccionado con guijarros de cuarcita procedentes de Sierra de la Ventana; b) que las piezas han sido quebradas golpeándolas fuertemente unas contra otras, sin dirección determinada; c) que esta industria es más antigua y primitiva que la de la piedra hendida (Correspondencia Congreso Internacional de Americanistas, 1910).

Los investigadores norteamericanos que lo acompañaban también recogieron abundante material y con posterioridad, en 1912, Hrdlicka, en colaboración con Holmes, da a conocer sus conclusiones. En ellas refuta las de Ameghino, con la consecuente desvalorización científica de éste.

A partir de ese momento se consolida la corriente antiameghinista, la que incurrirá en la exageración de desautorizar toda la obra del estudioso mercedino.

Las hipótesis de los científicos extranjeros afirman:

a) que los materiales de la costa se pueden dividir en dos grupos: *black* (industria de la piedra hendida de Ameghino) y *white* (cuarcitas); b) los dos grupos se encuentran siempre íntimamente asociados en los sitios superficiales; c) los grupos *white* y *black* pertenecen a una sola cultura; d) la ubicación de los materiales coincide con la actual línea de costa, de muy reciente formación; por lo tanto los restos culturales no pueden poseer una gran antigüedad, proponiéndose una de menos de un siglo (Politis, 1984).

En su libro *Early Man in South America* (1912), Hrdlicka, como ya lo había hecho en el citado Congreso de 1910, refuta la teoría de Ameghino sobre el origen americano y terciario del Hombre. El hombre americano, según este autor, no sería terciario, ni siquiera pleistocénico. Un grupo racial de origen mongoloide habría poblado América por Behring, en tiempos posglaciares, portando una cultura de tipo mesolítico o neolítico antiguo. Esta tesis sería luego refutada al probarse la asociación fauna pleistocénica hombre en Folsom y por la alta datación de los sitios a través de toda América.

Desde una mirada reconstructiva de la producción del conocimiento, podemos decir que, si bien la hipótesis central de Ameghino sobre el origen americano de la humanidad fue ampliamente refutada, muchas de sus hipótesis derivadas, como la asociación del hombre fósil con la fauna pleistocénica, la elección de la metodología estratigráfica para la determinación de las secuencias arqueológicas y profundidad temporal de las culturas, fueron posteriormente confirmadas (González, 1960). Su temprana adscripción al evolucionismo significó un avance importante sobre las ideas catastrofistas imperantes en la época. Su actividad científica y la gran cantidad de hipótesis que defendió, actuaron como estímulo a la investigación, ya sea de forma directa (continuación de la búsqueda de nuevos elementos para confirmar sus teorías, por parte de sus seguidores), como indirecta (estudios que sus adversarios necesitaron realizar para fundar su

refutación), proceso que llevó a aclarar en gran medida la problemática arqueológica bonaerense

**Francisco P. Moreno:
el movimiento museístico, el territorio**

Francisco P. Moreno (1852-1919), nace en Buenos Aires, en una familia enraizada desde antiguo en el país⁵. Desde muy joven se manifiesta su afán de coleccionador, su deseo de “hacer museo”. Convince a sus hermanos Josué y Eduardo de la necesidad de fundar un museo de historia natural, empresa que comienza en 1866. Sus primeras colecciones se enriquecen con hallazgos hechos en viajes a la laguna de Vital y Chascomús. Su museo es visitado por Burmeister, ocasión en que descubre una mulita fósil entre las piezas, a la que denomina *dasipus moreni* en reconocimiento a sus esfuerzos. Lee a Buffon, Humboldt, Darwin y D’Orbigny, llegando a la conclusión de que un museo debía ser el resultado de viajes exploratorios, del conocimiento y de la investigación directa en el terreno.

A los veintiún años realiza su primera expedición al sur, llegando hasta Carmen de Patagones como “etnógrafo amateur”. Consigue una importante colección antropológica y etnográfica. Con sus palabras:

Abundante cosecha hice de cráneos y esqueletos en los cementerios de los indígenas, que vivían sometidos en las inmediaciones del Azul y de Olavarría... Aquella llanura sin fin, aquel misterio, me impresionaron de tal manera y ejercieron tal atracción sobre mí, que ya de regreso en el Azul resolví penetrar en esas tierras, averiguar lo que encerraban y vivir en el medio salvaje que encontró Mansilla entre los Ranqueles (Moreno, 1893: 66-67).

En julio de 1874 obtiene permiso para embarcar en la goleta *Rosales* de la armada nacional con destino a Santa Cruz. Este viaje encubría una misión de vigilancia de esas tierras. El Ministro de Relaciones Exteriores, Doctor Carlos Tejedor, le solicita informes sobre las condiciones de la zona inmediata a la Bahía de Santa Cruz, ocupada por Chile.

Luego de leer los informes de la excursión del chileno Guillermo Cox, quien había penetrado hasta el lago Nahuel Huapí, por el lado chileno, le surge la idea de llegar hasta él, recorriendo el vasto territorio dominado por los indios, luego de las expediciones militares de Rosas y Roca⁶. Organiza su viaje y logra financiamiento por parte de la Sociedad Científica Argentina y la Provincia de Buenos Aires. Parte en septiembre de 1875 hacia el “País de las Manzanas”, como era común denominar a las tierras ocupadas por las tribus a las órdenes del cacique Valentín Shayhueque. Aunque no logra obtener el permiso de éste para pasar a Chile, pudo alcanzar el lago Nahuel Huapí. El informe de este viaje, leído ante la sociedad patrocinante, fue publicado en los Anales de la misma.

Allí relata su excursión al territorio patagónico, siguiendo las huellas de Villarino, Musters y Cox en su exploración. Recorre Bahía Blanca, Monte Hermoso, Salinas Grandes y el río Colorado, arribando a Patagones en octubre. Remonta los cursos de los ríos Negro y Limay, en dirección a las Manzanas. Se entrevista entonces con el cacique Shayhueque, quien le informa que se halla disgustado con el gobierno nacional porque no cumple con la entrega de raciones acordadas en las negociaciones de paz, y le avisa que prepara una invasión a Patagones. Le recuerda los territorios que los blancos le habían quitado, encomendándole su intermediación ante el gobierno nacional y suspendiendo el malón (apropiación por la fuerza de ganado en tierras de blancos) a la espera de su gestión.

El ganado era la base de toda la estructura social indígena. La cultura araucana argentina, que se constituye como unidad lingüística, cultural y comercial por el proceso

de expansión araucana en las pampas argentinas a lo largo del siglo XVIII, culminando a mediados del siglo XIX, se estructuró en base al caballo (*horse-complex*). Por lo tanto el malón era la actividad colectiva más importante. Ella posibilitó la unión de los distintos grupos concentrando recursos y esfuerzos. La circulación y comercialización del ganado en gran escala constituyó el ciclo económico de mayor significación para el indio. Exigía una gran organización, ya que una vez obtenido el ganado debía arriárselo hasta territorio indígena, protegiéndolo de la persecución de las tropas nacionales. Luego venían las grandes travesías para alcanzar los ríos Colorado y Negro y después llegar a Chile. Allí el proceso de la venta generaba un activo comercio e intercambio (Mandrini, 1984).

Moreno relata en *Por un ideal* (1893) sus objetivos: llegar al lago Nahuel Huapí y alcanzar Chile por los pasos cordilleranos. Asiste a largas conferencias y parlamentos dentro del gran toldo del cacique, cuyos consejeros lo convencen del peligro que representa para los mapuches dar a conocer a los argentinos los caminos cordilleranos, en momentos en que éstos proyectaban, al igual que los chilenos, avanzar en sus fronteras. Conocidas esas rutas, y con el *remington*, nueva arma cuyos efectos letales conocían, fácil le sería al enemigo aniquilar al pueblo indígena. Por ello resuelven negarle el paso a Chile, así como el cruce desde Caleufú hasta Mendoza. Debía volver por donde había venido y considerarse feliz por poder hacerlo con vida. Finalmente obtiene del cacique Quichahuala el permiso para acceder al ansiado lago, cuyo trayecto, entorno y arribo, describe Moreno con palabra emocionada ante tan impactante belleza.

Verdadero *broker* entre dos culturas, encerrado en los pliegues de la ambivalencia, entre el motivo romántico del noble salvaje y la política de fronteras, de la cual era un adelantado, Moreno cuenta sus contradictorios objetivos y describe con ojo de etnógrafo la vida de las “salvajes”. Convencido de su misión civilizadora escribe:

El entusiasmo de la primera juventud me decía: contribuirás a abrir la senda por donde la civilización llegue a los Andes, desalojando al indio inútil de su reino, de la llanura, de los bosques y de las montañas, todas fértiles y ricas; divulgarás, como puedas, lo que es el suelo de la patria (Moreno, 1893: 71).

Y más adelante:

El viajero que lo es por algo más que por placer, no piensa en las molestias de su camino; su imaginación escudriña el pasado y el porvenir, entrevé (sic) beneficios que resultarán de sus informaciones, sea para la rama de los conocimientos a que mayor atención dedica, sea para el progreso económico y social de las tierras que recorre, y cuando puede unir ambos anhelos, se siente feliz (Moreno, 1893: 77).

Rescatemos su mirada etnográfica, su visión del indio.

Mi objeto no era sólo cruzar esos territorios y llegar a Chile. Quería también ver al indio salvaje en ese medio, lejos de la civilización, y vivir en su tienda para darme cuenta exacta de las primeras etapas de la sociabilidad humana, y recoger en esa fuente ya casi agotada, entre aquellas tribus próximas a desaparecer, documentos que sólo conocía de oídas y que no bastaban para mis propósitos (Moreno, 1893: 85).

Tomando conciencia de ser un último testigo:

Espero disponer de tiempo algún día y escribir entonces mis impresiones en aquel medio tan primitivo donde pude penetrar, impresiones que soy el último viajero que las ha experimentado antes del aniquilamiento de aquellas tribus, viviendo la vida del indio nómada ageno (sic) a la influencia de nuestra civilización, del indio

independiente y dueño de pampas y cumbres... (Moreno, 1893: 86)

En esos toldos tuve la suerte de presenciar una fiesta a la que rara vez ha asistido un viajero en aquel medio salvaje –a un huecurucá– con motivo de la nubilidad de una joven mapuche, y en ella vi a la última máscara de madera que se haya usado en festejos indígenas en esas rejiones (sic), objeto etnográfico de la más alta importancia, porque contribuía a demostrar la vastísima área en que se ha usado en América la máscara desde el Alaska hasta Patagonia. (Moreno, 1893: 90)

Este papel de testigo último, asumido por la mayoría de los antropólogos, naturalistas, geólogos, políticos y militares de la época, del escalón final del proceso de transición de los nativos americanos, del paso de ser comunidades vivientes a grupos sobrevivientes, de agentes históricos autónomos a piezas de museos, constituye una de las formas más teatrales del proceso museístico (Stocking, 1989: 170).

Dicho proceso surge para resolver la ambivalencia entre civilización y barbarie, o sea entre la lógica del ejercicio del poder y la dirección del progreso, y la lógica del “otro cultural”, del “salvaje”. Es a través de los museos, como se anuncia y demuestra el fin de la historia indígena, siendo la deshistorización la esencia del proceso. Va a ser la ciencia, una vez terminadas las expediciones militares, la heredera de los restos culturales, teniendo por misión su estudio y clasificación. Como veremos luego, Zeballos lo expresará literalmente.

Entendemos que la figura de Moreno cabe a la perfección en ese esquema interpretativo. De expedicionario a los indios, de delimitador de fronteras físicas y sociales, pasa a ser formador de museos.

De regreso de Europa, en 1877, se propone crear un gran museo de ciencias naturales. Apoyado por Vicente Quesada, Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, y de la elite intelectual integrada, entre otros, por

Bartolomé Mitre, Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López y Carlos Pellegrini, logra abrir su primer local de exhibición en el segundo piso del viejo Teatro Colón, actual edificio del Banco de la Nación Argentina, donando todas las colecciones, fruto de sus excursiones. Sólo su colección patagónica constaba de 300 cráneos y 5000 objetos de piedra tallada y pulida. Este primer intento fracasó, pero las colecciones formaron la base del futuro Museo de La Plata.

La federalización de la ciudad de Buenos Aires hizo que el gobierno provincial se mudara a la ciudad de La Plata, recientemente fundada. El Museo Antropológico, de propiedad particular de Moreno, debía ser trasladado a esa ciudad, pero la poca garantía respecto de la mudanza, lo hizo desistir de la empresa, por lo que se resolvió entonces fundar un nuevo museo. Luego de largas gestiones, se firmó la creación del Museo de La Plata, el que se inauguró oficialmente el 27 de abril de 1887, con diez salas. Los departamentos de las distintas secciones (Geografía, Mineralogía, Zoología, Botánica, Arqueología, Lingüística, Etnografía, Cartografía y Antropología) fueron dirigidos por especialistas extranjeros contratados por Moreno. El Departamento de Antropología estuvo a cargo del antropólogo holandés Ten Kate y seguido por el alemán Roberto Lehman-Nitsche. Las secciones de Lingüística y Arqueología estuvieron a cargo de Samuel Lafone-Quevedo.

En 1888 Moreno incorpora al naturalista viajero Adolfo Metfessel y al cartógrafo Enrique Delachaux, con quienes funda la sección topográfica y geológica, con el fin concreto de realizar estudios geográficos, geológicos y cartográficos previos a la reunión de los peritos en Santiago de Chile, para la demarcación material de la zona fronteriza de litigio entre ambos países. Desde el Museo organiza y envía expediciones de estudio y reconocimiento al sur del país. De esta forma coloca el conocimiento científico al servicio de la consolidación territorial en que la Nación se hallaba empeñada. Su actuación como perito, avalada por todos esos estudios, significó la incorporación

de 40,000 kilómetros cuadrados al territorio nacional, en detrimento de la pretensión chilena.

Más tarde, ya plenamente en la vida pública, Moreno se desempeñó como diputado y, posteriormente, como Vicepresidente del Consejo Nacional de Educación.

Producto de sus viajes son sus obras *Viaje a la Patagonia Austral* (1879) y *Recuerdos de una expedición a la Patagonia* (1882).

Estanislao S. Zeballos:

la conquista del desierto

Respondiendo al arquetipo multifacético del erudito de su época, la figura de Estanislao S. Zeballos (1854-1923), se destaca en varios campos, el político, el jurídico y el científico. Ministro de Relaciones Exteriores, Presidente de la Cámara de Diputados, jurista, Decano de la Facultad de Derecho, escritor, son las actividades por las cuales es más conocido.

Sin embargo, desde muy joven realiza investigaciones en el campo de la antropología, arqueología, geología, siendo sus producciones un verdadero aporte al desarrollo de las ciencias del hombre en la Argentina.

Tenía sólo 17 años cuando, siendo estudiante de primer año de ciencias exactas, promueve la iniciativa de fundar una sociedad que sirviera *...para fomentar el desarrollo de las ciencias, las artes, la industria y las necesidades de la vida social* (Babini, 1986: 140). Redacta los estatutos y la sociedad comienza sus actividades en 1872 como *Asociación Científica*. Su primer director es el Ingeniero Huergo. De primer centro de producción y discusión científica, se va transformando en núcleo de acción. En tal sentido promueve viajes científicos y exploraciones geográficas, organiza concursos de memorias y trabajos, congresos, genera publicaciones y se convierte en centro de consulta de los gobiernos. Fue el

locus donde la antropología argentina comienza su proceso de institucionalización (Arenas, 1989-90). En los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, aparecidos también a instancias de Zeballos, se editan los primeros estudios antropológicos. En ellos publica Zeballos, en colaboración con Francisco P. Moreno y Walter F. Reid, sus informes *Una excursión (sic) orillando el río de la Matanza* y *Notas geológicas sobre una excursión (sic) a las cercanías de Luján* y junto con Pedro Pico el *Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana* y su *Estudio geológico sobre la Provincia de Buenos Aires*. Estos trabajos fueron el resultado de las excursiones a los alrededores de Buenos Aires en busca de argumentos para oponer a los de Ameghino respecto del problema del hombre fósil (Fernández, 1970: 518).

En 1878 Zeballos publicó *La conquista de quince mil leguas*, obra escrita por pedido del General Roca, Ministro de Guerra, con el objetivo de ilustrar a los militares que emprenderían la conquista del desierto, acerca de la historia y la descripción de la zona que iban a incorporar a la “civilización”. Aporta datos de la geografía y topografía de la región, con un capítulo denominado *Los indios* de gran contenido etnográfico. Funda en 1879 el Instituto Geográfico Argentino, con el objeto de promover la exploración y descripción del territorio nacional. En su primer *Boletín* publica su estudio *Geografía Antigua*, donde analiza el origen y costumbres de los querandíes, charrúas y timbúes.

Luego de finalizada la llamada conquista del desierto, en 1879, que lleva las fronteras efectivas de la Argentina hasta el río Negro, Zeballos emprende al año siguiente un largo viaje. Sigue las huellas frescas de las tropas al mando de los coroneles Villegas y Levalle, quienes se dirigían hacia las márgenes del río Negro para establecer campamentos de avanzada que consolidaran su triunfo. Zeballos consigue la invitación y la cooperación de aquellos para realizar su expedición. Con 34 hombres, entre los que se encuentra el fotógrafo Arturo Mathile y su hermano el teniente Federico Zeballos, con instrumental

científico y 15 *remingtons*, parte hacia *el país de los araucanos*, el 17 de noviembre de 1880.

Sigue la línea Azul-Olavarría-Carhué para internarse en el territorio conquistado. Pasa por las Salinas Grandes, Tharú Lauquén, las sierras de Lihué Calel, el río Colorado y finalmente Choele-Choel. El relato de este periplo se recoge en su *Viaje al país de los araucanos* (1881).

Su objetivo es el reconocimiento de las tierras que el ejército acaba de arrebatarse al indio, sus recursos naturales y el análisis de las posibilidades de asentamiento inmigratorio. Para ello ponía a la ciencia al servicio de esos propósitos. Con sus palabras:

Como Delaunay, pienso, en efecto, que, sin descuidar la ciencia pura, los hombres de estudio deben atender más que nunca la faz práctica de sus trabajos, esforzándose por divulgar doctrinas y procedimientos útiles a la sociedad. Así, ésta no es una obra de ciencia pura, sino de ejemplo para la juventud y de gobiernos para la patria, porque dando a conocer a propios y extranjeros los recursos naturales, la fisonomía social, la vida política y la civilización de la República Argentina, tiende a promover la afluencia de la población y el desenvolvimiento de las fuerzas fundadoras de la industria (Zeballos, 1960: 19).

Para poder poblar esas tierras recién ganadas al indio, era necesario exterminar a la barbarie y al salvajismo, tanto en su forma cultural, como a su portador real. Excluidos por la fuerza del proyecto de desarrollo capitalista (Madrazo, G., 1985), el indígena y también el criollo, eran vistos como enemigos del progreso, personificación del atraso y por lo tanto debían dar lugar al asentamiento de otra población, a la que se consideraba más apta para el cambio, como lo sería la proveniente de Europa.

La realización de ese trasvasamiento poblacional exigía terminar con ese “otro cultural” mediante la

ocupación militar de sus tierras y el exterminio de sus culturas. Su estudio se torna marginal para los científicos.

Coexiste la contradicción entre la imagen del militar, empeñado en implantar la “civilización” y al mismo tiempo el científico tratando de relevar el dato etnográfico de las culturas en extinción (Ratier, 1988).

Designio de la ciencia de la época era deshistorizar al indio, negarle su identidad y cultura e incorporarlo como objeto inerte de estudio al reino de la naturaleza, como una especie más. De ahí la necesidad de recolectar sus cráneos –pieza osteológica hipervalorizada por la antropología física de la época– para llenar los museos, como prueba y demostración del fin de la historia indígena. Le dice Zeballos a un joven oficial:

...si la civilización ha exigido que ustedes (los militares) ganen entorchados persiguiendo a la raza y conquistando sus tierras, la ciencia exige que yo la sirva llevando los cráneos de los indios a los museos y laboratorios. La barbarie está maldita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos (Zeballos, 1960: 201).

Y más adelante, frente al estupor de los soldados ante su orden de cortar las cabezas de los indios muertos por viruela:

...pero, con todo, había en aquellos lechos mortuorios algunos cráneos de formas tan raras y de tipo tan evidentemente araucano, que dando al trasto con la majestad de la escena, ordené reunirlos para mi colección; y como los soldados no pusieran buena cara a la operación de cortarlos por las vértebras cervicales, ni les agradaba mucho el olor que algunos exhalaban, yo mismo puse manos a la obra, y envolví en mi poncho de goma seis de los buenos cráneos de mi colección araucana ya numerosa y que un día regalaré a los museos de mi patria (Zeballos, 1960: 264).

Haciendo una caracterización de la ciencia de fines de siglo, Ratier (1988) resalta la falta de resguardo e incorporación del patrimonio vivo indígena al patrimonio cultural, lo que traerá posteriores consecuencias en el desarrollo de la disciplina antropológica. En este sentido expresa:

Para esa ciencia, la muerte del indio era urgente, su patrimonio vivo debía morir cuanto antes a fin de que los científicos pudieran manipularlo a voluntad... (al indígena) "se lo mata, y de muerte matada, también desde la antropología". Esa actitud, tan alejada al parecer de las tradiciones pragmáticas de la disciplina a la manera de la antropología aplicada inglesa, en buena medida persiste (Ratier, 1988: 33).

A diferencia de Moreno, Zeballos ya no actúa como *broker*, porque ya no toma contacto con las culturas vivas. Recorre territorio arrasado por el ejército como hombre de ciencia, virtual cazador de cráneos, en búsqueda de esa herencia cultural para apropiársela en aras de la civilización y cosificarla en los museos.

Ubicamos a Zeballos en el extremo final del proceso de transición del indígena americano, de su paso de agente histórico a pieza de museo. El papel del científico fue, esencialmente, acelerar ese proceso para poder dar lugar al progreso que la nueva sociedad exigía.

Conclusiones

Si bien podemos ubicar los tres casos analizados como copartícipes del paradigma general positivista, encontramos, dividiéndolos, a dos escuelas antropológicas diferenciadas: la *catastrofista*, con antecedentes en Cuvier

y Humboldt, localmente corporizada en Burmeister, Moreno y Zeballos; y la *evolucionista*, referenciada en Darwin y Lyell, representada por Ameghino y sus seguidores.

La primera es la reconocida como ciencia oficial, en el momento inicial del pensamiento antropológico en nuestro país (1870). Prevalece en ella el afán descriptivo, clasificatorio y enumerativo más que el explicativo. En su expresión arqueológica se caracteriza por la falta de sistematización teórica y la no adopción de la metodología estratigráfica. La práctica se centra en la excavación de túmulos y cementerios y en el rescate de piezas “notables” descontextualizadas.

Este enfoque tuvo gran influencia en las áreas geológicas y paleontológicas, aportando importantes descripciones del suelo y capas geológicas, así como restos fósiles, de la Provincia de Buenos Aires (Burmeister).

En su manifestación etnográfica se caracteriza por la ausencia de un marco teórico propio para abordar la temática de la diversidad cultural y el problema del indio (Moreno). Toma entonces, a falta de un referencial teórico, de los marcos político-ideológicos su aparato conceptual, incorporando a su discurso construcciones tales como civilización-barbarie o salvajismo-progreso.

En cuanto a su instrumental metodológico, carece de elementos aptos para el estudio del “otro cultural”, cayendo en el uso de estereotipos, preconcepciones y prejuicios por parte del observador científico. El propósito es descriptivo, de recolección de datos en forma asistemática, de relevamiento de costumbres, tradiciones, lenguas, mitos y leyendas con la óptica romántica y deformada del *mito del buen salvaje*.

La escuela de Ameghino vendrá a oponerse, planteando sus hipótesis del origen pampeano del hombre y su alta antigüedad terciaria. Si bien aquéllas fueron refutadas, consideramos que es la escuela de avanzada respecto de la anterior, que representaba al pasado científico.

Su manifestación es esencialmente paleontológica y arqueológica. Se centra en el problema del origen del hombre. Incorpora el marco teórico evolucionista y adopta la metodología estratigráfica para la explicación y validación de sus postulados. Entendemos que es la que aportó mas elementos al desarrollo del conocimiento científico de la época.

Tanto Moreno como Zeballos comparten una misma problemática etnográfica. Están interesados en el estudio del indio vivo, no obstante planificar y participar en su extinción. En ambos se manifiesta la carencia teórico-metodológica arriba señalada y su sustitución por preceptos ideológicos.

Lo político y lo científico se entremezclan en su obra. Ambos son pragmáticos y, al margen del interés especulativo que acompaña a su afán por recoger las *últimas* informaciones sobre un grupo humano que se extingue, los guía un propósito bien concreto:

consolidar la ocupación militar del territorio y asegurar sus fronteras contra las pretensiones del país limítrofe. En ese sentido son decididos precursores de la antropología aplicada. Su ciencia no es aséptica, por el contrario, es hasta prejuiciosamente comprometida.

Moreno acude a la Bahía de Santa Cruz en un buque de la armada para controlar la actividad de ocupantes chilenos. Más adelante utilizará a los científicos de su museo platense para fortificar sus argumentos en las cuestiones de límites. Zeballos prepara un verdadero manual para uso de los militares que se aprestaban a invadir territorio indígena. Evalúa después las posibilidades de esas tierras, ya conquistadas, para su posterior poblamiento con inmigrantes. No es casual que los dos científicos hayan tenido descollante actuación como políticos.

Muy distinto es el caso de Ameghino quien, desde el inicio de su carrera, se perfila como paleontólogo, interesado en el nada simple problema de la hominización y del *phylum* humano. Su producción científica, además de ser mucho más prolífica que la de Moreno y Zeballos,

conforma un *corpus* sistematizado apoyado en un sólido marco teórico y metodológico. Transportado en sus investigaciones hacia un supuesto hombre terciario, antepasado de toda la Humanidad, viviendo en las caparazones de los gliptodontes, no incursionó en la etnografía indígena ni especuló sobre la relación entre el hombre prehistórico y el actual.

No pertenecía al patriciado. Era hijo de inmigrantes recientes y autodidacta, dos condiciones que lo hacían científicamente sospechoso. Sin embargo, nada tuvo de diletante. Por el contrario, evidencia un profesionalismo y especialización definidos. A falta de instancias académicas locales, buscó en el exterior, junto a la ciencia más prestigiosa de la época, el perfeccionamiento en su formación. Para defenestrarlo fue preciso traer, también del exterior, especialistas de primer nivel. Luego de su pública refutación la ciencia argentina retrocede, abandona su temática y se recuperará sólo muy recientemente.

La comunidad científica local, comprometida con paradigmas perimidos, nunca lo reconoció plenamente. Hubo de luchar siempre para serlo y, como comentamos, debió recurrir a la validación externa. Sufrió exclusiones, tuvo que subsistir con sus propios recursos frente a la negativa oficial a ofrecerle un cargo donde pudiese desarrollar su potencial científico. Hasta se le discutió su condición de argentino nativo, tentativa de expulsarlo no sólo de la comunidad académica sino de la ciudadana. Su apasionada fe en la ciencia, por otra parte, lo llevó a enfrentarse con el pensamiento religioso abriendo otro escollo más en su relación con el *establishment*.

El tránsito de nuestros tres personajes en el seno de la comunidad científica de la época, revela algunas características de la constitución de ésta. No se trata de una estructura consolidada, con instancias académicas específicas de validación y consagración. Se halla permeada por criterios políticos que atraviesan tanto las actividades especulativas (extrapolación de conceptos ideológicos con categoría de científicos) como las prácticas (aplicación del conocimiento a problemas concretos de

consolidación territorial). No hay árbitros reconocidos. En ese sentido las vacilaciones de Moreno y de Zeballos cuando la Sociedad Científica Argentina los llama a pronunciarse sobre las hipótesis ameghinianas son transparentes (ver *supra*). Debía buscarse en otras comunidades científicas la voz autorizada que sustentase tales pretensiones.

Ni siquiera era preciso demostrar competencia profesional para prosperar en tal comunidad incipiente. Ni Moreno ni Zeballos sufren grandes críticas por su labor propiamente científica, no obstante la precariedad de su aparato erudito. Sí las padecerá Ameghino cuya especificidad en tanto investigador y su audacia científica lo vuelven peligroso para el *statu-quo*.

Que tal haya sucedido en esa época liminar tal vez no debiera preocuparnos. Lo grave es que esa caracterización persista. Como se ha observado:

...La madurez científica de las comunidades profesionales argentinas no ha evolucionado mucho desde los tiempos de Ameghino: silencio y expulsión aparecen como estrategias reiterativas (Schuster y otros, 1991: 17).

¿Podremos, ahora, superarlas e ingresar en un clima de madurez científica?

Notas

1 Llámase así al conjunto de políticos y pensadores que en la década que comienza a partir de 1880 organizaron y ejecutaron el proyecto modernizante, tendiente a insertar a la Argentina en el marco de la economía mundial.

2 Fue en este periodo cuando se registra la mayor actividad científica y aparecen las principales publicaciones de los autores elegidos.

3 Posición ideológica sostenida por Sarmiento, de gran fortuna en la historiografía argentina, que oponía *civilización* (lo urbano, europeo, culto, moderno) a *barbarie* (lo rural, americano, inculto, atrasado).

4 Con referencia al material lítico, puntas de flecha y de lanza trabajadas en piedra.

5 Su madre, Juana Twaithes, era hija de un oficial inglés que actuó durante la Primera Invasión Inglesa, y a quien esta tierra atrajo y retuvo, luego de su fracaso militar. Su tío abuelo, Juan Twaithes, fue uno de los comerciantes ingleses que recurrieron al Virrey para obtener la apertura del puerto de Buenos Aires.

6 Esta última ofensiva, llevada a cabo en 1879, aniquila el poder de los caciques indígenas, extendiendo la soberanía nacional hasta el sur del río Negro, e incorporando un vasto territorio para la producción ganadera.

Bibliografía

AMBROSETTI, JUAN Y MERCANTE, VÍCTOR.-1913 *Vida y obra del doctor Florentino Ameghino*, Buenos Aires, Imprenta Metodista.

AMEGHINO, CARLOS.-1919 “El hombre terciario argentino y las predicciones de Florentino Ameghino; nuevas investigaciones refuerzan la hipótesis de que la cuna del género humano estuvo en la parte austral de nuestro continente”, en *La Nación*, 2 de agosto, núm. 17180.

AMEGHINO, FLORENTINO.-1918 *La antigüedad del hombre en el Plata*, Buenos Aires, La Cultura Argentina.

1936 *Obras completas y correspondencia científica*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, tomos 1 a 23.

ARENAS, PATRICIA.-1989-90 “La antropología en la Argentina a fines del siglo XIX y principios del XX”, en *Runa XIX (1989-1990)*, Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas y Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, UBA, Facultad de Filosofía y Letras.

1991 *Antropología en la Argentina. El aporte de los científicos de habla alemana*, Buenos Aires, Institución Cultural Argentino-Germana, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti.

ARTAYETA, ENRIQUE AMADEO s/f *Biografía del Perito Dr. Francisco P. Moreno*, Buenos Aires, Ministerio de Obras Públicas, Administración General de Parques Nacionales y Turismo.

BABINI, JOSÉ 1986 *Historia de la Ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, Biblioteca Dimensión Argentina.

CABRERA, ÁNGEL 1944 *El pensamiento vivo de Ameghino*, Buenos Aires, Losada.

CÁCERES FREYRE, JULIÁN 1954 “Estanislao S. Zeballos y la antropología argentina a los cien años de su nacimiento”, en *Ciencia e Investigación*, tomo 10, núm. 8, Buenos Aires.

CAMACHO, HORACIO H. 1971 *Las ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires, estudio histórico*, Buenos Aires, Eudeba.

- CANALS FRAU, SALVADOR 1959 *Prehistoria de América*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- CORRESPONDENCIA CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS 1910 Originales, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, Buenos Aires.
- FERNÁNDEZ, JORGE 1970 "Intenciones paralelas en la génesis del estudio de las ciencias de la tierra en la Argentina: Sarmiento, Burmeister y Juan María Gutiérrez" en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, tomo 48, Córdoba.
- 1982 "Historia de la arqueología argentina", en *Anales de arqueología y etnología*., separata del tomo 34-35, Mendoza.
- FRENGUELLI, JOAQUÍN
- 1934 "La personalidad y la obra de Florentino Ameghino", en *Conferencias y escritos*, núm. 17, Universidad Nacional de La Plata, Extensión Universitaria.
- 1940 "Homenaje a la Memoria de Florentino Ameghino en el 28º aniversario de su muerte", en *Revista del Museo de La Plata*, Sección Oficial, pp. 107-120.
- GONZÁLEZ, ALBERTO REX 1960 "La estratigrafía de la gruta de Intihuasi, (Provincia de San Luis, R.A.) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica", en *Revista del Instituto de Antropología*, núm. 1, pp. 51-302, Córdoba. 1985 "Cincuenta años de arqueología del noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista", en *American Antiquity*, vol. 50, núm. 3.
- IMBELLONI, JOSÉ 1954 "Antropología, investigadores e investigaciones. Etapas de esta ciencia en nuestro país", en *1er. Ciclo Anual de Conferencias, Novena Conferencia*, vol. I, Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación, Subsecretaría de Cultura.
- LAFÓN, CIRO RENÉ 1976 *Nociones de introducción a la antropología*, Buenos Aires, Editorial Glauco.
- MADRAZO, GUILLERMO B. 1985 "Determinantes y orientaciones en la antropología Argentina", en *Boletín del IIT*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- MANDRINI, RAÚL 1984 *Los Araucanos de las pampas en el siglo XIX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO 1951 *Ameghino. Una vida heroica*, Buenos Aires, Nova.
- 1952 "Francisco P. Moreno y las 'ciencias del hombre' en la Argentina", en *Ciencia e Investigación*, tomo 8, núms. 11 y 12, Buenos Aires.
- MORENO, FRANCISCO P. 1893 *Por un ideal, ojeada retrospectiva de 25 años*, La Plata, Talleres del Museo de La Plata.
- POLITIS, GUSTAVO 1984 *Arqueología del área Interserrana Bonaerense*, La Plata, mimeo, tesis doctoral.
- RATIER, HUGO E. 1988 "Indios, gauchos y migrantes internos en la conformación de nuestro patrimonio cultural", en *Revista Índice para el análisis de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Centro de Estudios Sociales, DAIA.

SCHOBINGER, JUAN 1969 *Prehistoria de Suramérica*, Barcelona, Labor.

SCHUSTER, FÉLIX G. 1982 "Filosofía y ciencia social en la constitución del pensamiento científico argentino: aspectos formales e informales", en *Actas de las Primeras Jornadas de Historia del Pensamiento Argentino*, Buenos Aires, Editorial FEPAT.

SCHUSTER, FÉLIX G. *ET AL.* 1991 "Emergence and Growth of Anthropology in Argentina", M.S. Buenos Aires, UBA, Facultad de Filosofía y Letras.

Se terminó de imprimir en San Martín, provincia de Buenos Aires, Octubre de 2010.

